

CELCIT. Dramática Latinoamericana 553

Cráneo rojo sobre fondo sueño

Nieves Rodríguez Rodríguez (España)

PERSONAJES M (3) / F (2):
LA NIÑA
MAMÁ / CADÁVER DE MAMÁ
TERÓPODO Y ORNITÓPODO
EL JARDINERO
EL CUADERNO

En el principio fue el silencio...

NOTA: *Actore incumbit probatio.*

X

Contéstame.

Contéstame, por favor.

Contéstame, por favor, mamá.

Inhalo todo lo que puedo y exhalo con un sonido áspero y grave, tan extraño que no termino de asimilarlo como propio. Ese sonido me respira en la nuca y siento frío.

¿Eres tú?

Para disimular todas las posibles respuestas sumo a la exhalación un silbido nostálgico, una melodía amarga y resignada desde que mamá se ha encerrado en el baño y no responde a mis súplicas. Odio la noche. La melodía que

acaricia mis labios se va asentando poco a poco en mí. Estoy frente a la puerta del baño. Otra vez el aire en mi nuca.

¿Eres tú?

Cierro los ojos. Acerco el oído a la puerta y el rumor de la nada se hace nítido. Un reguero de agua cruza por debajo de la puerta mojándome los pies descalzos. El agua se filtra enrarecida y manchada de tierra. Las plantas deben estar ahogadas, pienso. Siempre lo mismo: me encierro por dentro, cariño; necesito estar sola. Lo dice cargada con un poto, un pequeño limonero y otras plantas que suelen estar en las repisas de las ventanas y en la terraza: un jacinto, un geranio y un rosal que ya florece. Los deja en el interior de la bañera. Luego se acerca a la puerta, me da un beso en la frente y dice: voy a cerrar, cariño. Al cabo de las horas no se oye el rumor del agua. No se oye el chirrido de la banqueta que arrastra hasta orillas de la bañera. Un chirrido que me espanta y ante el cual me tapo los oídos. De eso hace muchas, muchas horas y se ha hecho de noche. Odio la noche. Un bosque nuestro baño, pienso. Un bosque.

Un relámpago cruza la ventana de mi habitación. Es la ventana que da a la terraza, ahora desnuda de plantas, desde la que puedo contemplar los sucios balcones de enfrente repletos de ropa tendida. Noche cerrada. Avanzo hasta la cocina, pasillo adentro, dejando un río tras de mí. Allí me dejo caer en una silla junto a la mesa. Allí están mis dinosaurios, mirándome. Algo se desanuda y se expande. Puedo sentirlo dentro, cerca del esófago, como una bola de carne que se queda atorada en la garganta y que, al fin, se disuelve. Es el hambre. Anochece un poco más por la ventana. En mitad de este espeso silencio, cuando creo que el corazón puede romper en palabras, el runrún de la nevera se hace insoportable y se cuela en la cabeza. Dice mi nombre. La nevera me llama. Me levanto. La abro. Nada. Una luz mortecina tintinea y cierro la puerta. Allí, colgada de un imán, la lista:

embalar lo importante

pan

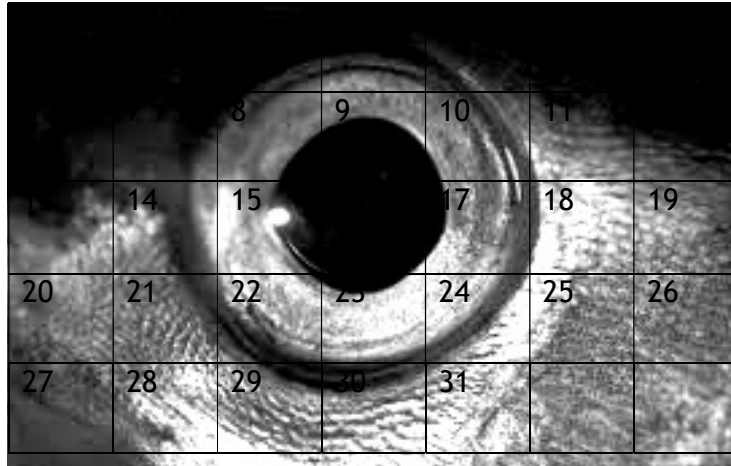
huevos

leche

si se entromete, ignorarlo

Los faros del camión de la basura, que ya comienza a frenar haciendo el mismo ruido que la banqueta en el interior del baño, se proyectan en el techo y la luz se columpia hasta la mesa. Allí, mis dinosaurios, un terópodo y un ornitópodo, parecen personajes. La mesa de mi cocina un teatro, pienso. Un teatro con una única espectadora. Embalar lo importante. El camión pasa de largo y termina por iluminar el calendario que está colgado en la pared con una chincheta oxidada. Está oxidada porque el día que la apreté contra la pared tenía los dedos manchados de mostaza. Y la semilla de la mostaza es negra tizón como esa chincheta que ahora sostiene el mes de mayo. Los ojos de un pez, allí dibujado, anuncian que hoy es, para ser más exactos, uno de mayo. El día de mi cumpleaños. Me invade la tristeza.

Mis pulmones se callan, ya no hacen el sonido áspero y grave de antes. Abro el cajón de la cocina, ese cajón de todas las cocinas: medicamentos, botones, mis dientes de leche, facturas, cerillas, rotuladores, posavasos, pinceles, cinta de carroceros... Saco un rotulador. Al intentar cerrar el cajón, no puedo. Algo, desde dentro, no lo permite. Revuelvo y encuentro un cuaderno enterrado. Lo saco. Cierro el cajón, por fin, produciendo un golpe sordo. Mis dinosaurios se asustan. Voy a sembrar un signo entre los números.



Siento frío en los pies como si hubiera vadeado un río. Cojo el cuaderno, me siento a la mesa y lo abro. Allí, la letra de mamá.

y al día siguiente no murió nadie
si vas a leer esto no te preocupes
al cabo de un par de páginas ya no querrás estar aquí

TERÓPODO

¿Ya?

ORNITÓPODO

¿Hemos pasado la segunda página?

Sostengo el cuaderno sobre mi pecho mientras compruebo las huellas que he ido dejando tras mancharme los pies de agua enrarecida y tierra húmeda. Miro el suelo y compruebo que ese dibujo lo he visto antes. Hace mucho. En mitad de una acuarela. Vuelvo a vadear el río que lleva hasta la puerta del baño. Me introduzco pasillo adentro. Odio la noche. Frente a la puerta de respirar por un instante. Aguzo el oído. Nada. Solo el aire en mi nuca.

¿Eres tú?

¿No vas a salir nunca?

Hace horas que es mi cumpleaños.

¿Esto es una sorpresa?

Mamá, por favor...

Otra vez el aire en mi nuca. Cierro los ojos. Acerco el oído a la puerta y el rumor de la nada se hace nítido. El agua se filtra, todavía, enrarecida y manchada de tierra. Abro los ojos y giro sobre mis pies resbalando. Allí está él. Ignóralo, pienso. El jardinero del balcón de enfrente.

EL JARDINERO

Hoy han florecido los cerezos.

Lo dice esperando una respuesta. Luego baja un segundo la mirada y descubro que en sus párpados tiene dibujados un par de ojos.¹ Siento en la carne el aire tajante subir y bajar sin control alguno. Conozco esos otros ojos, me digo. Pero no digo nada porque el corazón no quiere romper en palabras. Salgo corriendo río adentro y llego a la cocina. Allí mis dinosaurios me miran atónitos. Me dejo caer en una silla, junto a la mesa, y al alzar la cabeza, allí está él. Sentado, con sus cuatro ojos. El runrún de la nevera se hace insoportable y se cuela en mi cabeza gritando mi nombre. Me levanto. Le doy un manotazo llena de furia y el imán cae al suelo junto a la lista. Abro la puerta de la nevera y siento una náusea en la boca del estómago que me produce mal sabor de boca. En el interior un sobre. Fuera del sobre la letra de mi madre avisa de que

en todo el diccionario no hay una sola palabra
sobre la que poder reclinar la cabeza²

El jardinero, que se acerca a mí, extiende su mano curtida, como si las espinas de las rosas se hubieran estado clavando durante siglos en ella. Sus botas sucias, llenas de barro, van dejando dibujos imposibles en el suelo.

EL JARDINERO

Tengo una flor, mira.

¹ Alguien me dijo que, al parecer, Samanta Schweblin también lo vio.

² Me susurró una noche Octavio Paz.



JUZGADO 1ª INSTANCIA N.º 6 DE MADRID

DILIGENCIA DE ORDENACIÓN DEL LETRADO /A DE LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA SR./A. D./D^a NIEVES RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

En MADRID a día en que florecen los cerezos

Habiendo transcurrido en exceso el plazo de VEINTE DÍAS concedido por las partes para formalizar recurso de apelación contra la sentencia recaída y siendo, por tanto, firme la misma, habiéndose señalado el LANZAMIENTO de la demandada del siguiente domicilio: **Inmueble de la Calle Job, 11 Bajo 1, 28282 de Madrid, para el DÍA 2 DE MAYO del corriente a las 10.00h.** de la mañana, dese comisión al Auxiliar Judicial y Secretario o Gestor Procesal, **sirviendo el testimonio de esta resolución de mandamiento en forma para el SCNE de este partido judicial.**

Se autoriza expresamente a la Comisión Judicial para el caso de que sea necesario, **por encontrarse cerrado el inmueble, o no consentirse la entrada, a que se lleve a cabo la misma, adoptando las medidas que fueran necesarias, recabando, incluso, el auxilio de la fuerza pública.**

Así lo acuerdo y firmo. Doy fe.

EL/LA LETRADO/A DE LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA

Cuando termino de leer la misteriosa carta y alzo los ojos el jardinero ya no está. Ni rastro de la flor. Ignorarlo, me digo. Me acerco a la ventana de la cocina y miro por entre las cortinas. La ropa de enfrente sigue tendida. Esto no ha pasado, pienso. Recojo a terópodo y ornitópodo de la mesa-teatro. Me los llevo porque también ellos tiritan de frío. Los retengo en mi pecho junto al

cuaderno y el sobre y cruzo el pasillo oscuro de la noche hasta mi habitación. Entro y cierro la puerta atrancándola con un pequeño baúl de cosas perdidas. El jardinero ya no está. Ya no está, me repito.

TERÓPODO

Tenemos que embalar lo importante.

ORNITÓPODO

Deberíamos empezar por el salón.

TERÓPODO

Embarcar lo importante y sacar de la cabeza lo que impide pensar.

Un relámpago cruza la ventana de la habitación, otra vez. Tras el cristal, el jardinero. Es la ventana que da a la terraza que ahora, con sumo cuidado, abre desde fuera. La ventana que daría al bosque que ahora está en el baño.

EL JARDINERO

¿Dónde están las plantas?

En el baño.

EL JARDINERO

Traigo semillas para volver a hacer de la terraza un jardín.

Querrá decir bosque.

EL JARDINERO

He salido como todos los días a recoger la ropa tendida y...

Su ropa sigue tendida.

EL JARDINERO

Podría intentar entrar en el baño.

...

EL JARDINERO

¿Puedo entrar?

Terópodo y ornitópodo se meten en el baúl de las cosas perdidas. Luego abren ligeramente la tapa y me miran con ojos indignados.

No me miréis así.

TERÓPODO

¿Qué parte de ignorar no entiendes?

No sé si es a él.

ORNITÓPODO

¡Pues claro que es a él! Siempre metiendo las narices en las plantas, en la terraza y en...

TERÓPODO

No es el momento.

ORNITÓPODO

Desde hace once años no es el momento.

TERÓPODO

¡Que te calles!

Es mi cumpleaños. Estoy sola. Estamos solos. ¿Entendéis eso? Mamá no sale del baño, lleva desde ayer sin salir del baño. Ni siquiera cenamos.

TERÓPODO

Once años...

Y tengo hambre, les digo, mientras abro el cuaderno de mamá. Allí su letra aparece entre acuarelas, garabatos y tachones. Sostengo el cuaderno con dos manos e inserto mi cabeza en él. Huelle a lluvia. Lo separo y leo.

si aprietas los ojos verás una cabeza humana
no te fíes

Alguien llama a la puerta de mi habitación con sus nudillos. Dos veces. No te fíes, me digo. Vuelven a llamar a la puerta. No me fío. Una última vez con la palma de la mano.

¿Eres tú?

Abro la puerta de golpe y terópodo y ornitópodo salen volando del baúl de las cosas perdidas. Del otro lado de la puerta el jardinero me mira con sus ojos dibujados.

EL JARDINERO

¿Y este río?

Sale del baño. O sea, del bosque.

EL JARDINERO

Ahora vengo.

¿A dónde va?

EL JARDINERO

A recuperar las plantas.

Salgo al pasillo oscuro de la noche y veo cómo el jardinero, que va haciendo plas-plas, se va abriendo paso río adentro. Dejo de verlo. Ya solo el sonido de

una puerta cerrándose. Vuelvo a entrar en mi habitación y allí, doloridos, mis dinosaurios me maldicen.

ORNITÓPODO

Tonta, tonta, tonta...

TERÓPODO

Cállate, me duele la cabeza.

ORNITÓPODO

Embalar e ignorar son palabras que hasta un dinosaurio entiende.

TERÓPODO

He salido volando y me he golpeado la cabeza. El reflejo de un relámpago sobre el techo comienza a transformarse en viejas fotos, casi todas en blanco y negro. Eran fotos de tu infancia, de cuando eras más pequeña. Eran fotos de familia casi todas, pero con algunas personas desconocidas. Al principio pensé que eran desconocidos, sin embargo...

ORNITÓPODO

¿Salimos nosotros?

TERÓPODO

El jardinero aparecía en ellas.

Es un fantasma que sale de tu cabeza. ¿Has dicho fotografías en blanco y negro? ¿De mi infancia? No puede ser porque solo llevamos dos años en esta casa. Hace dos años que tenemos jardín. Las plantas son regalos del jardinero. Termino de decir esto ante la mirada irónica de mis dinosaurios y vuelvo a inhalar y exhalar. Tengo que hacer un esfuerzo y voy a controlar las flores y la humedad de la tierra, me digo, sin saber qué quiero decir. El hambre me taladra la mente como el run-run de la nevera que ya dice mi nombre en mitad de la noche oscura. Abro la puerta de mi habitación y el río se mete adentro. Salgo a tientas y resbalo golpeándome la cabeza. La corriente me arrastra hasta la puerta del baño. Me quedo inmóvil escuchando, tan solo, el ruido áspero y grave que nunca termino de asimilar como propio. En el techo, ahora, otro mundo.

¿Me oyes?

El corazón acaba de romper en palabras. Escucha. Sé que te gustan las flores y que quisieras tener la casa entera nadando en rosas³. Y sé que no quisieras que un río se partiera en dos porque debajo de los ríos los bosques se ahogan. Levanta la mano, al menos.

¿Me ves?

³ Se lo escuché decir una vez a Molly Bloom.

¿Me oyes?

Estás ahí, en blanco y negro, como dibujada a lápiz. Estás ahí en el techo y ahora comienzas a moverte por la casa. Estás garabateando papeles que luego tiras a la basura. Te veo como si no hubiera pasado el tiempo. ¿De qué tiempo hablas?, parece que dicen tus labios. Tienes un rizo en mitad de la frente. Una espada, según tú. Tu espada de Damocles. Dentro de tres días es mi cumpleaños. Espera. Esto ya lo he vivido. Y tres noches, dices casi susurrando. Ahora estoy en la cama. Y tú entras en la habitación. Si te miro a contraluz, veo tus ojeras en blanco y negro, también, como dibujadas a conciencia.

¿Me oyes?

¿Tú puedes oírme?

El techo parece un cine, mamá. Y tú sales en la pantalla. Es increíble. Espera. En la terraza hay un hombre. No le veo el rostro. Está desbrozando el jardín y las partículas verdes se me meten en la garganta y siento que me ahogo. Luego se precipita ventana abajo y ya solo quedan restos verdes de confeti. Me arropas.

MAMÁ

Vamos a dormir, hija. Ya sé que tienes hambre, pero tenemos que dormir. Mañana todavía es domingo y los domingos son días muy largos. Demasiado largos. Mejor pasar parte de ellos en sueños, ¿no crees? Abrígate. Si tienes calor te soplas el flequillo. Pero tápate. Vamos a dormir. No, no vendrá. Mañana es domingo y luego festivo. La mujer que lleva una cruz roja en la camiseta no vendrá. Tápate. A dormir. Te cuento un cuento y a dormir. Te voy a contar el cuento de los cerrojos y los ladrones. Es un clásico. Hay que volver a los clásicos. No. Hoy toca este cuento. Y no te destapes, por favor. Comienzo, ¿vale? Cierra los ojos. Así. Sigo aquí, sí. Cierra los ojos. Los cerrojos y los ladrones.

Para protegernos de los ladrones que abren los cajones, escudriñan los armarios y hacen saltar cerraduras de los baúles, la gente acostumbra reforzar con toda clase de nudos y cerrojos los muebles que guardan sus bienes. El mundo aprueba estas precauciones, que le parecen muestra de cordura. Pero de pronto entran unos ladrones.

Sigue con los ojos cerrados. No. No ha entrado nadie. Cierra los ojos. Vuelvo otra vez.

Pero de pronto entran unos ladrones que, en un abrir y cerrar de ojos, desatarán los nudos, abrirán los cerrojos y, si es necesario, cargarán con las cajas sirviéndose para ello de las cuerdas, candados y nudos de que están provistas. En verdad, los propietarios ahorran a los ladrones el trabajo de embalar los objetos. Así que no es exagerado afirmar que todo lo que llamamos cordura no es sino embalar para los ladrones. Fin del cuento⁴. Buenas noches, cariño. No olvides a los clásicos. Sí, ya me voy. Felices sueños.

Mamá...

MAMÁ

Dime.

⁴ Así me lo contó Jorge Luis Borges y así se lo contó a él Chuang-Tzu.

¿Cuándo vas a volver al trabajo?

MAMÁ

No lo sé. Duerme.

Yo quiero que vuelvas para comer en el comedor.

MAMÁ

Duerme. Buenas noches. No olvides a los clásicos. Sí, ya me voy.

ORNITÓPODO

Sé con quién está soñando.

TERÓPODO

Nadie lo sabe.

ORNITÓPODO

Sueña con nosotros.

TERÓPODO

Se está ahogando.

ORNITÓPODO

Si no soñara con nosotros desapareceríamos.

Y te vas. Ahora ya solo una mancha de humedad en el techo que brota de mi cuerpo inmóvil. Algo me pica la cabeza, repetidamente. En mi rostro, cubriéndolo, la lista que se desprendió del imán y que se cayó río adentro. Me estoy ahogando, pero no puedo decir nada. Necesitaría un lenguaje que no fuera lenguaje. Necesitaría que alguien quitara esta sábana de mi rostro. ¿Hay alguien ahí?

ORNITÓPODO

Tengo el papel en mis labios.

TERÓPODO

La corriente no me deja avanzar.

ORNITÓPODO

Dame la mano y tira de mí.

Qué alivio, pienso, mientras mis pulmones hacen un sonido del todo desconocido. Me incorporo y terópodo y ornitópodo están mirándome con ojos asustados. ¿Ha salido del baño?, les pregunto. Se miran. Se interrogan con los ojos. No dicen nada. ¿Qué día es hoy?

ORNITÓPODO Y TERÓPODO

¡Feliz cumpleaños!

XX

Me incorporo poquito a poco mirando por última vez el techo negro. Estoy frente a la puerta del baño. Me apoyo ligeramente en ella cuando siento que, hacia mí, con su plas-plas al caminar, viene el jardinero. Pero no se sobresalta ni me mira y me cuesta saber si realmente existo o no, si realmente digo lo que pienso o si las preguntas solo quedan mudas, en mi cabeza. Cuando llega hasta mí puedo observar en su mano desbrozadora pesada y enorme.

EL JARDINERO

Vengo del bosque.

El bosque está tras de mí, le digo señalando la puerta del baño.

EL JARDINERO

Una gran vegetación. La estancia está en penumbra. He pasado una oscuridad hasta que he sentido palpitantes bolsas negras colgadas de la techumbre. Será la bombilla que, hace mucho, quedó desnuda, le digo. ¿Se lo estoy diciendo realmente? Bajo la mirada hacia ornitópodo y terópodo que ahora están bebiendo agua del río.

EL JARDINERO

No. Era una tribu de murciélagos dormidos. Una gran vegetación y algunas flores. Ahora que lo pienso, sí. Había flores. Cómo no iba a haberlas si hoy han florecido los cerezos. Va a llover. Tengo que recoger la ropa tendida.

Y desaparece por el negro pasillo de la noche. Ornitópodo y terópodo se sacuden el hocico. Los recojo y voy hasta la cocina. El hambre en el interior de mi cabeza hace runrún como la nevera que ya dicta mi nombre. Los pies, congelados. Aterido mi cuerpo. Mojado mi pelo. Al entrar en la cocina la nevera enmudece. Dejo a terópodo y ornitópodo en la mesa-teatro y abro la despensa. Nada. Un par de dientes de ajo, dos judías verdes, una zanahoria. Nada. Abro otra puerta de la despensa y mis ojos hacen chiribitas. En una vieja caja de latón queda una galleta de chocolate. La última galleta de chocolate. Me acerco a la nevera. Abro la puerta y dentro no hay nada. Nada. Abro el congelador. Entre el hielo reconozco una carta hecha trizas. Otra carta, me digo. Pero lo digo con las comisuras manchadas de chocolate. Abro el grifo y meto el bloque de hielo debajo para que se deshaga.

TERÓPODO

Perderemos la carta.

ORNITÓPODO

Tenemos hambre.

TERÓPODO

Se perderán las letras desagüe adentro.

El hielo comienza a resquebrajarse como un tajo en una sandía. Miles de líneas se entrecruzan en el justo momento en que la luz del alba se filtra por la ventana de la cocina, rebota en el hielo y luego en mis ojos, que, ahora, son una ceguera caleidoscópica. Veo la cabeza humana, una cabeza humana gigante con su boca gigante.

EL JARDINERO

Nadie sabe del todo lo que es la vida.

Estaba allí, como estaban las raíces, los frutos y las flores.

Podría pasarme la vida entera contemplando un árbol⁵.

Un árbol, sí.

Todos los días mueren cuarenta millones de árboles porque todos los árboles del mundo antes o después tienen que caer.

La vida entera.

Se podría pensar que si todos los días mueren cuarenta millones de árboles

entonces podrían crecer cuarenta millones de libros, pero no ocurre así.

Es más fácil encontrar una moneda, una lata de cerveza o una entrada de cine que una letra.

La maleza es como un borrón, una tachadura en el papel.

Un signo oculto.

De la boca sale una flor marchita, negra tizón como la chincheta que sostiene el mes de mayo. Luego se cierra, enmudece. Quiero preguntarle, quiero decirle: ¿me oyes? Pero no digo nada porque el corazón no quiere romper en palabras.

¿Quién eres?, pienso.

Lo he sabido siempre, desde el principio, siempre, desde hace once años.

Te sé desde siempre.

Yo solo quería regar el jardín más bonito del mundo.

Solo soy un jardinero, un emboscado.

He visto, cualquier puede imaginar, muchas destrucciones encadenadas.

Pero hoy han florecido los cerezos.

Solo quería regaros el jardín más bonito del mundo.

Extiendo una mano, creo que extiendo una mano y la introduzco en la enorme boca. Siento como si estuviera sacando un brazo por la ventanilla de un coche en marcha. Luego inhala y exhala como hacen mis pulmones, pero sin ruido alguno.

Una persona como yo siempre está de paso, vive en la transparencia.

A veces siento la caja de los recuerdos moverse dentro del cráneo.

He hecho mi trabajo.

⁵ *Yo me siento un vegetal* fue lo que me dijo Joan Miró bajo ese árbol.

He desbrozado el bosque y ahora la luz se filtra.
La luz humilla y ciega, nunca ofrece respuestas.

Entonces pido un deseo. Es mi cumpleaños. No he tenido tarta, pero puedo pedir un deseo, me digo. Y pienso: vuelve, vuelve, vuelve, vuelve mamá.

Cuando la miraba era como una visión de ballesta, con su rizo en mitad de la frente, cuando la miraba aquella mujer era como una visión de ballesta, una flecha que caía lentamente en lluvia de flechas que se convierten en estrellas y caen en forma de nieve.

Hemos cruzado algunas palabras.

Sí.

Las palabras se cruzan en el lugar más insospechado.

Pues nadie sabe del todo lo que es la vida.

Cierra la boca y me pellizca la piel. Abro los ojos de repente sacudiendo la cabeza como un perro bajo la lluvia y el grifo ahora se desborda y el hielo deja a la vista la letra de mamá. Miro, por si acaso, al balcón de enfrente. La ropa sigue tendida. Ni rastro del jardinero, pienso. Me froto los ojos con las manos queriendo arrancar imágenes de dentro.

TERÓPODO

¿Qué dice?

ORNITÓPODO

¿Te vas a comer la zanahoria?

TERÓPODO

¿Qué pone en la carta?

Leo: Vendrán los invasores el día dos de mayo. El día de los lanzamientos. Día festivo. Los lanzamientos del dos de mayo los ejecutan los invasores. NO ABRAS LA PUERTA A NADIE. No lo hagas. Los invasores vendrán vestidos como si fueran vendedores. Traerán papeles, como este, mojados. Papeles que no dicen nada porque los papeles no penetran en los interiores de las casas ni de las personas. Embala lo importante. Y a los invasores, ignóralos. Ellos no saben lo que es un hogar. El día de los lanzamientos del dos de mayo tendrás que irte antes de que lleguen. Nos tenemos que ir.
Mamá.

TERÓPODO Y ORNITÓPODO

¡Mañana!

No es la única carta.

TERÓPODO

¿Cómo?

Así que salgo hacia mi habitación cruzando el río claro de la mañana y recojo la otra carta y el cuaderno de mamá. Regreso a la cocina. Mirad.

ORNITÓPODO

¿Y las judías verdes?

TERÓPODO

Ornitópodo, por favor...

Se repite la palabra lanzamiento. Dos de mayo. Diez de la mañana.

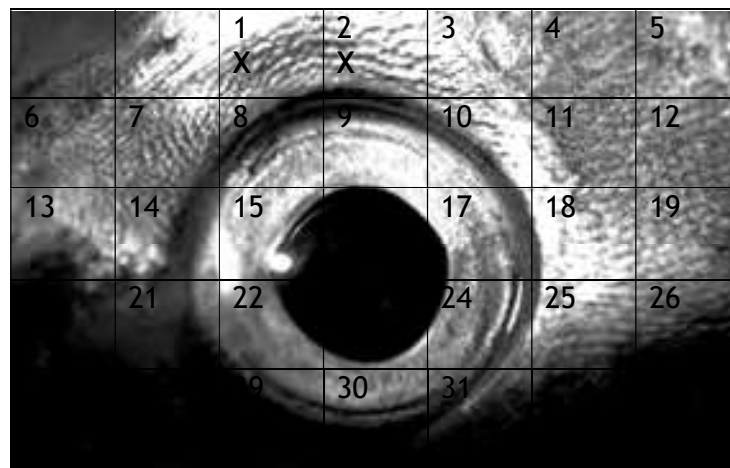
ORNITÓPODO

Yo para pensar tengo que comer.

TERÓPODO

Qué fastidio de fósil.

Mañana. Voy a sembrar un signo entre los números. Que no se nos olvide. Los ojos del pez que están dibujados en el calendario, se hacen más grandes, todavía.



ORNITÓPODO

Una cosa así no se olvida.

TERÓPODO

No se olvida. Lanzamiento. Embalar.

ORNITÓPODO

Suena a guerra. A pum, pum, pum... A agujerear con una taladradora las paredes. Suena a una pirámide de carbón que hace ¡boom! Suena a batalla despiadada con animales muertos y sangre y cráneos rodando valle abajo. Suena como suenan mis tripas. Igual. ¡Igualito!

TERÓPODO

¿Le puedes dar un diente de ajo?

Mientras terópodo y ornitópodo discuten alguien llama a la puerta. El ring-ring hace que el tiempo se detenga, aunque yo sé que el tiempo corre mucho y que ahora, por ejemplo, tengo once años. Suena el timbre otra vez. ¿Será la mujer que trae una cruz roja en la camiseta?, me pregunto. Y, al hacerlo, ornitópodo cruza los dedos. Me acerco a la puerta que da a la calle. Miro por la mirilla. Me encuentro los ojos que el jardinero tiene dibujados en los párpados y que me miran fijamente. En las manos trae un ramito de flores de cerezo. Extiende su mano curtida como si las espinas de las rosas se hubieran estado clavando durante siglos en ella. Ring-ring. No abras a nadie, ha dejado escrito mamá. Se va la luz y el jardinero queda a oscuras. Su sombra se mueve. Ring-ring. Su sombra se va. Se aleja. Huele a flores. Qué es esto. No está solo. Dos siluetas. Me quedo pegada a la mirilla contemplando la escena del descansillo.

Te veo mamá.
Te estoy viendo.
¿Me oyes?
¿Tú puedes verme?
Mamá...

Pego mi ojo desorbitado, que ya se parece al del pez dibujado en el calendario, un poco más y puedo distinguir una mesita, dos sillas, dos tacitas de té y dos cabezas muy juntas. Mientras miro el pensamiento se agolpa una y otra vez, pero el corazón no rompe en palabras.

EL JARDINERO
Estamos en la fase oscura. Venimos de la luz.

MAMÁ
Somos fotoautótrofos.

EL JARDINERO
Tú eres H₂O y yo tu CO₂.

MAMÁ
Éramos oxígeno vital. Éramos...

EL JARDINERO
¿Quieres que hagamos la fotosíntesis?

Una mano se introduce muslo adentro. Las cabezas más juntas, todavía. ¿Es una sola cabeza gigante? No te fíes, me digo, por si acaso.

MAMÁ
Estamos en la fase oscura.

EL JARDINERO

Es cierto.

MAMÁ

Y la luz ya no se deja ver.

EL JARDINERO

No. Ya no se dejará ver.

MAMÁ

Me hubiera gustado otro final.

EL JARDINERO

Lo elegiste tú.

MAMÁ

Sí...

EL JARDINERO

Seguiré cuidando el jardín.

Espera. Esa mesa es la mesa de mi salón. Y esas tacitas son las tacitas de las visitas. Ahora la mano de dentro del muslo saca una carta. ¡La carta! La carta del lanzamiento. ¿Qué hace la carta ahí? ¿Cómo ha llegado hasta ahí?

MAMÁ

¿Has sentido alguna vez que tu cuerpo ya no es tuyo?

EL JARDINERO

No. Vivo en la transparencia. Del otro lado.

MAMÁ

Cuando el cuerpo ya no pertenece a la persona, el pensamiento es una infección que se extiende. Al cabo del tiempo el único remedio posible sería comenzar a amputar. Pero alguien sin cuerpo ya no es alguien. Ya no está.

EL JARDINERO

Como talar un árbol.

MAMÁ

Igual.

EL JARDINERO

Igual.

MAMÁ

No por mucho tiempo...

EL JARDINERO

No. No hay tiempo.

La carta se queda encima de la mesilla. Ahora las cabezas se separan para dar un sorbo de té. Una de las dos siluetas se pone en pie y se despide de la otra cabeza acariciándole un rizo-espada de la frente.

¿Me ves?

¿Puedes verme?

MAMÁ

Mi hija...

EL JARDINERO

Buenas noches.

MAMÁ

Seguiremos hablando sin necesidad de respuesta.⁶

La luz se hace y desaparecen las siluetas y la mesita y las tacitas de té. No hay nada. Solo un ramito de flores de cerezo. Abro la puerta sigilosamente y recojo el ramo.

¿Me oyes?, digo susurrando.

Una ráfaga de aire se cuela con gran ímpetu. Vuelvo a cerrar los cerrojos para que no entren los ladrones y regreso a la cocina por el pasillo. Ni rastro del río. Tan solo una lista tirada en el suelo con la letra de mamá ya desdibujada.

pan

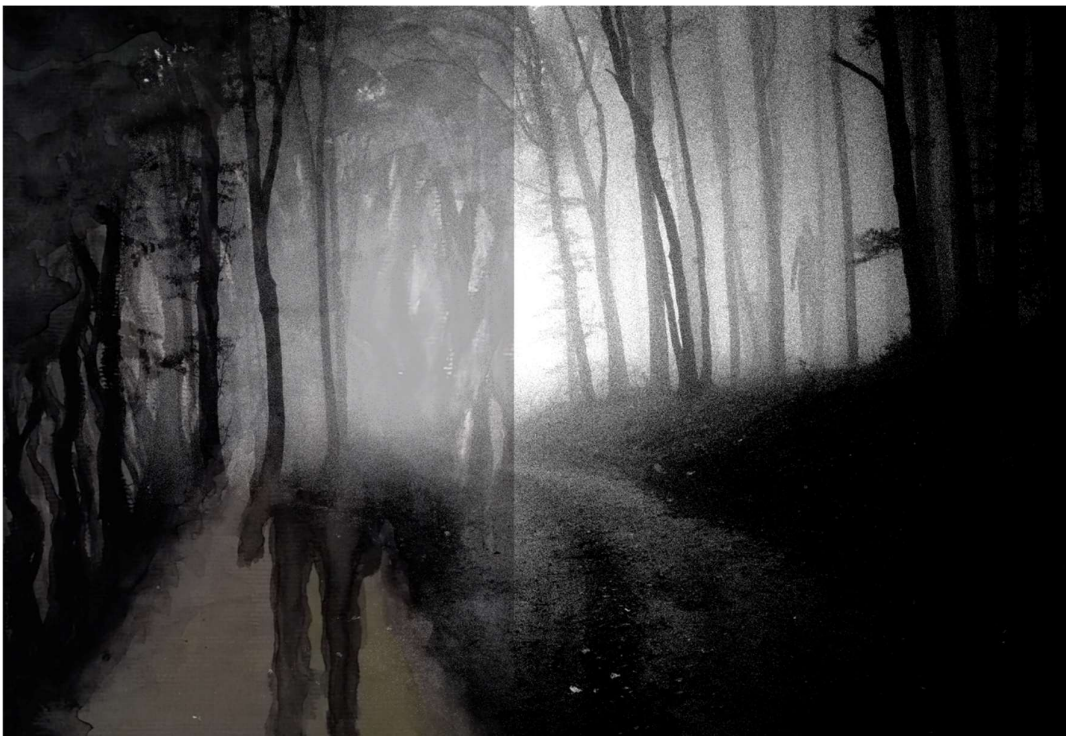
huevos

leche

te quiero

Abro la nevera y coloco dentro el ramito de flores. Espera. La luz mortecina ya no está. Abro y cierro la nevera repetidamente, ni rastro de luz. Terópodo me mira mientras ornitópodo se pelea con la piel del diente de ajo. No hay luz en casa. El remolino de aire se concentra en el cuaderno de mamá.

⁶ Dice la última carta que me envió María Zambrano.



millones de sílabas que se funden en un rumor enorme e incoherente
los nombres adelgazan hasta la transparencia
si no lo sabías, ahora lo sabes: todo está hueco
palabras sin sentido, palabras al viento
y apenas lo escribo, se vacían las cosas, mi casa, los nombres
me vacío
ya no existo
soy un tachón

Vuelvo a cerrar el cuaderno de un manotazo. Al hacerlo la piel del ajo sale volando y se convierte en nieve de un instante. Siento huecos en el cráneo, yo también. Un vacío enorme. Para comprobar el estado de la luz de las cosas vuelvo a abrir la nevera. Allí, una nota junto al ramo de flores de cerezo que ya se marchita sin opción alguna de fotosíntesis. Una nota sin nada dentro. Una nota así, en blanco. Blanco. Otra vez la nieve, pienso. Pero no, ha caído la noche. Odio la noche.

Si me tapo con la sábana un mundo de sombras se instala en mi cabeza. Así es imposible dormir. Ornitópodo y terópodo siguen roncando como si nada cuando oigo nítido un ruido en la habitación. Es el jardinero que lanza semillas a la ventana que da a la terraza en la que debería haber un jardín, pero no hay nada. Solo el jardinero lanzando semillas negras.

EL JARDINERO
Buenos días.
Gracias por el ramo de flores.

EL JARDINERO
¿Qué ramo?

El ramo de flores de cerezo.

EL JARDINERO
Son semillas. Los cerezos han muerto hoy. Tengo que plantarlos para el año que viene.

¿Han muerto?

EL JARDINERO
Mueren al día siguiente. Año tras año. La calle está llena de gente, también. Como todos los años.

Son los invasores. ¡Hoy es el día! Salto de la cama y me acerco a la ventana.

EL JARDINERO
Ven al jardín.

Aquí ya no hay un jardín.

EL JARDINERO

En la calle la gente se encadena a los árboles. Sacan pancartas. Gritan y cantan: STOP, STOP, STOP desahucios... Los árboles sufren estos encadenamientos.

No oigo nada, digo, abriendo la ventana.

EL JARDINERO

Tengo que terminar lo que he empezado. Un año pasa volando.

El jardinero ya deja ver sus ojos dibujados mientras lanza semillas al suelo. Su espalda se corva como un árbol buscando su raíz. Azuzo el oído. No oigo gritos ni cantos. Salgo de la habitación y voy hasta la cocina. No, reculo. Regreso a la puerta que da al baño.

Mamá...

Nada. Un silencio nítido por toda respuesta. Ahora sí, voy hasta la cocina. Allí la luz del alba se filtra por la ventana que deja ver el sucio balcón de enfrente repleto de ropa tendida. Abro el grifo de la pila y meto mi cabeza dentro. Luego bebo agua. El run-run del hambre se hace insoportable. Abro la puerta de la nevera. Ni rastro de las flores. Ni rastro de la luz. Solo huellas de dinosaurio manchadas de zanahoria. Me dejo caer en la silla. Frente a mí, en la mesa-teatro, el cuaderno de mamá. Lo abro, despacito...

en el fondo de todas las casas hay un gran nicho
hacia el fondo de todas las casas hay que caminar
en el fondo de casa, hija mía, estoy en el fondo de nuestra casa
con el cráneo rojo sobre fondo sueño

Se me inunda la cara de lágrimas. La letra de mi madre se nubla como si de una acuarela se tratara. Sorbo la tinta negra de mis ojos. Me levanto de la mesa llena de furia. Los ojos desorbitados del pez me miran. Voy hasta el cajón de la cocina. Ese cajón de todas las cocinas. Cojo las cerillas. Vuelvo a cerrar el cajón produciendo un golpe sordo. Arranco el calendario. Me despido de mayo. Siento por vez primera una horrible soledad. Pongo el pez dibujado sobre el fuego, prendo una cerilla y huele a barbacoa. El fuego crepita. Recojo el cuaderno de mamá y me voy por el pasillo hacia el fondo de la casa. Una hoja se desprende. Es otoño en mi mano, pienso, pero no, estamos a dos de mayo, me digo. Cruzo por la puerta de mi habitación. Terópodo y ornitópodo ya se han metido en el baúl de las cosas perdidas y antes de cerrar la tapa me miran con ojos llorosos.

TERÓPODO

Adiós.

ORNITÓPODO

Hip, hip, hip.

El jardinero se mete por la ventana de la habitación y dice.

EL JARDINERO

Esto ya está. Vamos al bosque.

Sostengo el cuaderno de mamá con una mano y con la otra, agarro la mano del jardinero, curtida como si las espinas de las rosas se hubieran estado clavando durante siglos en ella. Salimos al pasillo. Las lágrimas me inundan la cara. Mi furia es una bola de fuego. El fuego sigue crepitando. Ring-ring. Los invasores ya han llegado. Ring-ring. Seguimos pasillo adentro. Ring-ring. La barbacoa llamea. Ring-ring. La bola de fuego sale al pasillo. Ring-ring. Una hoja del cuaderno de mamá se cae. Intento recogerla, pero la mano curtida tira de mí.

Pum-pum. Intentan tirar la puerta abajo. Nos adentramos un poco más pasillo adentro. PUM-PUM. La puerta cede. Entran. Los invasores entran y frente a nosotros la puerta del baño. El fuego se extiende bajo los pies, moroso e incorpóreo, pero no noto calor ni llama. Mi casa una hoguera, pienso. Un hogar, ahora sí. La puerta del cuarto de baño se entreabre.

EL JARDINERO

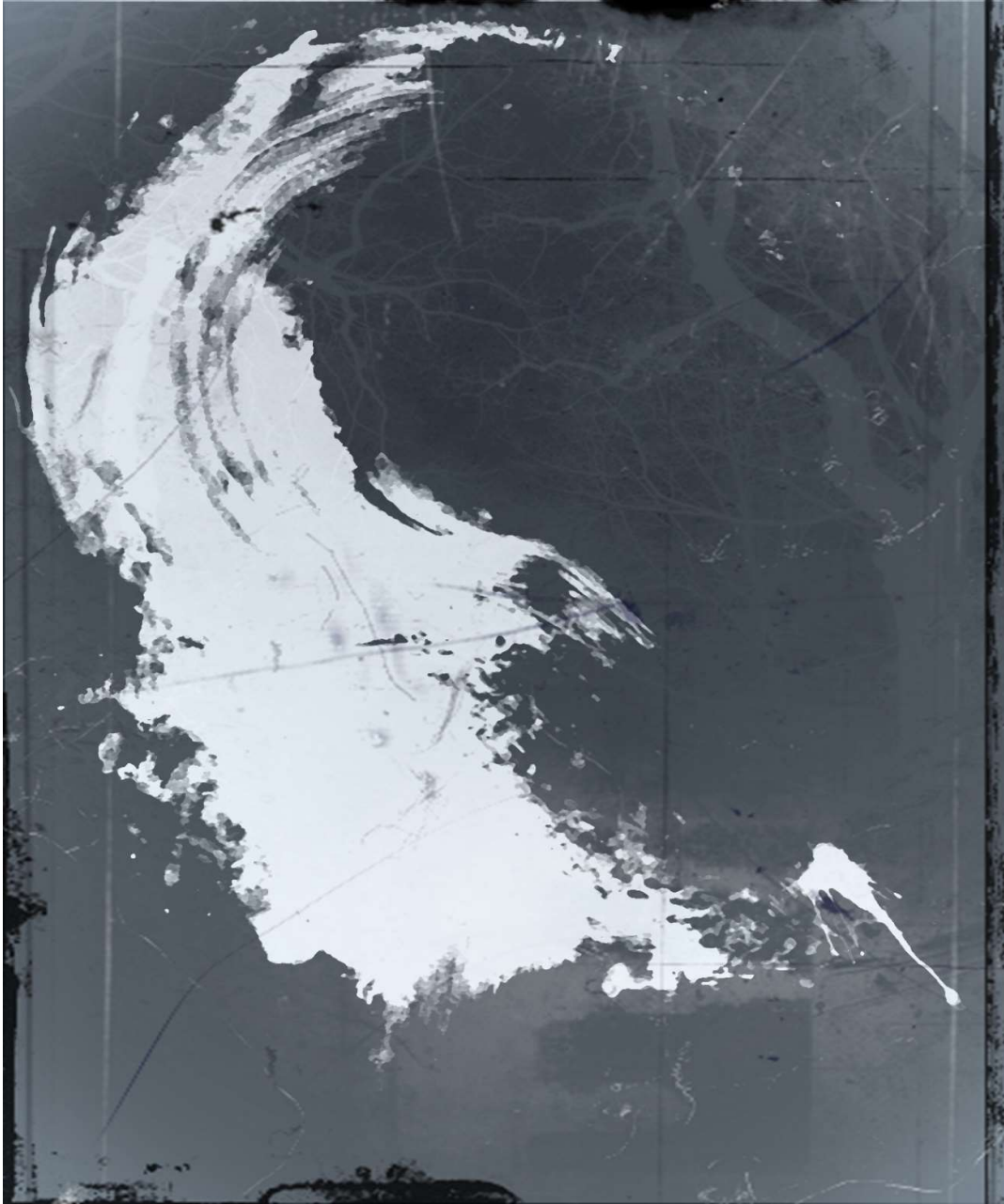
Bienvenida al bosque.

Cruzo el umbral y entre la vegetación una silueta.

¿Mamá?

¿Eres tú?

y al día siguiente no murió nadie



Me despierta una sombra de pájaros cada mañana. Sigo en el bosque. Aquí, mamá y yo estamos juntas. No es un hogar, pero se le parece. Nos hemos hecho una casa de hojas y ramas y troncos muertos. Mamá no hace nada, no dice nada, sigue triste, como antes, con esas ojeras como pintadas a lápiz. A veces la peino y, por fin, he conseguido quitarle de la frente su rizo-espada. Que los árboles tienen memoria es lo único que he aprendido desde que estoy aquí. Hoy han florecido los cerezos, otra vez. Pero mañana...

Correo electrónico: iroldezaera@hotmail.com

*Edición a cargo de Virginia Curet. Correo electrónico: vincuret@gmail.com
Todos los derechos reservados
Buenos Aires. (2021)*

*CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
"45 años promoviendo el teatro latinoamericano"
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar*

«Piense antes de imprimir. Ahorrar papel es cuidar el medio ambiente»